

Levantando, pues, el grito todo el pueblo de Israel, y resonando las trompetas... de repente cayeron los muros de Jericó, y subió cada cual por la parte que tenía delante de sí, y se apoderaron de la ciudad. Y pasaron a cuchillo a todos cuantos había en ella, hombres, mujeres, niños y viejos...

JOSUÉ 6-20, 21

LUNES

I

Las luces tenues de la pantalla y de una lamparilla iluminaban unas manos blancas, casi perfectas, sobre el teclado de un ordenador portátil.

La pantalla se detuvo pidiendo una contraseña y sus dedos alargados introdujeron, tecleando con fuerza: «Arkangel».

Varios mensajes esperaban en el buzón, pero el cursor buscó el firmado por Samael y el único dedo imperfecto, el índice de la mano derecha, que mostraba un corte vertical dividiendo la uña al estilo pezuña de ungulado, pulsó con rapidez el botón *enter*.

«Se han seguido tus instrucciones al pie de la letra. En dos días, las trompetas de los elegidos sonarán y empezará la caída de los muros de Jericó, preámbulo

de nuestro asalto. Comienza la cruzada.» —Leía el comunicado.

«Dios te bendiga, Samael. Y que ayude a nuestros hermanos», escribió como respuesta antes de firmar:

«Arkangel».

MIÉRCOLES

2

Cuando Jaime se acercó a la ventana no imaginaba que en unos instantes vería la horrible faz de la muerte y que esa visión cambiaría irremediablemente su vida.

Se acababa de levantar de su mesa de trabajo y estaba colocado, taza de café en mano, frente a los ventanales, que, a pesar del cristal tintado, permitían a un sol risueño invadir su despacho.

En el horizonte los montes de San Gabriel, al norte de Los Ángeles, mostraban nieve coronando los puntos más altos, en contraste con las palmeras, que abajo, en el bulevar, resistían el impetuoso viento.

Tras una semana de días brumosos, la lluvia del lunes dio paso a un espléndido martes y a una cristalina mañana de miércoles. El planeta había dejado de ser viejo, y parecía un niño pequeño preparado para sus primeros pasos. Era un mundo reluciente, listo para ser estrenado y Jaime pensó que encontrar un momento como aquel sin teléfono, reuniones o un quehacer urgente, y mirar a través de las ventanas, era un lujo que se permitía con escasa frecuencia.

Una mañana radiante, se dijo, y para colmo de venturas, el calorillo del sol y del café. ¿Qué más preciso

para redescubrir la belleza que existe fuera de estos muros de vidrio, acero y mármol?

Sin embargo, algo iba mal.

Tenía todos los motivos para sentirse eufórico y feliz. ¿De dónde salía, pues, ese sabor amargo? ¿Era su vida personal? ¿Su divorcio? Seguramente.

En el bulevar, el movimiento de vehículos alrededor del centro comercial crecía con un suave ronroneo, y en el cielo unas nubecillas perezosas se desplazaban sobre un azul intenso.

—Tan lentas como mis pensamientos —murmuró siguiéndolas con la vista y admirando su blanco brillante al tiempo que levantaba la taza en busca de otro sorbo de café.

De pronto ocurrió. Una fuerte sacudida estremeció el edificio.

Jaime sintió el corazón en la garganta y el café, en la camisa. Sus pensamientos empezaron a sucederse a tal velocidad que tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido. El ruido siguiente pareció engullirlo todo.

—¡Dios mío, un terremoto! ¡Un gran terremoto! —murmuró buscando refugio en la habitación. Los cristales vibraban con violencia.

—El edificio está preparado, aguantará, tiene que aguantar. ¡Los cristales!

Maldijo su elegante mesa de vidrio de diseño y deseó ardientemente una sólida mesa de madera bajo la cual encontrar seguridad cuando las ventanas se rompieran.

Con dificultad intentó avanzar hacia el centro de la habitación, mientras los libros caían de las estanterías del armario. ¡También de cristal! Su mirada topó con los arbolitos que decoraban la sala y que sacudían alocados sus verdes hojas.

De repente todo se detuvo y como si el mundo se hubiera detenido en su giro, se hizo el silencio. Demasiado corto para un terremoto.

Algo atrajo su mirada a las ventanas.

Una lluvia de cristales, brillando alegres al sol, caía en el exterior. Una sombra cruzó.

—¡Dios mío, es un cuerpo! ¡Es un hombre!

Creyó haber visto un pantalón gris y una camisa. ¿Blanca?

Se acercó con reparo a la ventana de cristales ahora quietos y silenciosos. El ángulo de visión y la altura le impedían ver qué ocurría abajo.

Afuera flotaban como a cámara lenta un sinnúmero de papeles.

Las nubes estaban en el mismo lugar, y él continuaba con la taza de café en la mano.

Lentamente apareció el sonido. Primero eran murmullos, luego gritos lejanos. Ahora sirenas.

Jaime dejó la taza de café sobre la maldita mesa de diseño cristalino y se dirigió a la puerta que comunicaba con su secretaria.

—¡Laura! ¿Estás bien?

3

—Desaconsejo la compra. Creo que es un error. —Karen Jasen hablaba con firmeza, enfatizando sus palabras, aunque sabía que acababa de meterse en la boca del lobo. Le costaba aceptar que, como todo el mundo, temía a aquel hombre y quizá por ello, para probar sus fuerzas y valor, buscaba el enfrentamiento directo.

Desde la sala de reuniones del piso trigésimo prime-

ro se distinguía aquella mañana el océano Pacífico con gran claridad. Colinas, vegetación y distintas construcciones desdibujaban la línea de la costa, pero un preciso horizonte separaba azules de cielo y mar en contraste con verdes y ocre de la tierra. Sin embargo, a nadie, en aquellos momentos, le importaba el paisaje lo más mínimo.

El verdadero espectáculo, el drama, tenía lugar por encima de la mesa de caoba cubierta de expedientes, vasos de papel y tazas de café.

—Las leyes europeas —continuó Karen después de una pausa en la que sólo un siseo leve de aire acondicionado se dejaba oír— son restrictivas en cuanto al control de empresas de comunicación por parte de...

—Tonterías —interrumpió, rudo como boxeador lanzando un puñetazo, Charles White—. Los abogados estáis para sortear las leyes y hacer que parezca legal. —El hombre se levantó de la silla imponiendo su metro noventa de estatura y más de cien kilos de peso a los presentes—. Para eso os pagamos. —Y fijando sus ojos pálidos, rodeados de oscuras ojeras, en Karen, añadió arrastrando las palabras—: Claro que estoy hablando de los buenos abogados.

El combate era desigual, no sólo por peso físico, sino por la fuerza de cada uno en la Corporación. White ostentaba la presidencia más poderosa, la de Asuntos Corporativos y Auditoría, y Karen era sólo una joven abogada, cuyo jefe obedecía al presidente de Asuntos Legales.

Karen le miró a los ojos. Años antes habría contenido lágrimas de rabia por el tono del individuo, por la ofensa de un insulto público e intencionado, pero ahora hizo lo que pocos osaban: mantuvo la mirada de

White. Pero la tensión le hizo morderse los labios. ¿Se habría manchado los dientes de carmín?

Quiso contraatacar y abrió la boca para responder, pero el presidente de Asuntos Legales, Andrew Andersen, acudió en su defensa.

—Charly, nuestros abogados franceses opinan que el intento de...

—Al diablo con tus abogados franceses. La Davis Corporation conseguirá sus canales de televisión propios en Europa y vamos a empezar ahora —cortó White—. Tenemos el dinero para controlar una participación mayoritaria en una importante televisión europea y no vamos a esperar a que cambie la legislación o la situación política. —White mantenía los ojos clavados en Karen y ni siquiera había mirado a Andersen cuando éste habló—. ¿No es así, Bob? Explícaselo, que lo entiendan de una puta vez. Lo tenemos, ¿verdad? —dijo White dirigiéndose al presidente de Finanzas, que no contestó.

—Señor White —continuó Karen con voz firme—, no importa el dinero que tenga si no se usa de acuerdo a las leyes de cada país. Europa no es América.

White se dirigió a una ventana y se quedó con los brazos en jarras, aparentemente absorto en el paisaje. Karen se encontró hablando al cogote del hombretón.

—El camino más productivo, rápido, legal y políticamente aceptable es introducir nuestros «contenidos» a través de las plataformas de televisión digital, convencional o terrestre, que se consolidan en Europa. Esta estrategia ofrece la ventaja de invertir lo mínimo, estableciendo alianzas a largo plazo con los grandes operadores europeos...

—No sirve. Mala idea —dijo White, aún de espal-

das al grupo, moviendo la mano en gesto de rechazo—. Nosotros queremos el control de una parte significativa del medio. Éste es el objetivo por el que todo el mundo debe trabajar. Control es la consigna. ¡Control!

—Pero ¿para qué necesitamos el control? ¿Por qué tenemos que lanzarnos a batallas innecesarias? —insistió Karen—. En Europa, encontraremos actitudes muy hostiles a que nuestra compañía posea medios locales de comunicación. Debemos concentrarnos en vender nuestros programas sacando el mejor precio, todo lo más...

—Andrew —interrumpió otra vez White girándose en redondo hacia Andersen—, dile a esta señorita que su trabajo es hacer lo que se le pide. Se le paga para eso, no para que rumie tanto. No precisamos de su pensamiento estratégico.

—Charly —repuso Andersen—, creo que lo que expone la señorita Jansen tiene sentido y...

La puerta se abrió violentamente lanzando una nube de polvo dentro de la sala. El estruendo parecía anunciar el hundimiento del edificio. La mesa saltó derribando vasos y tazas, mientras las carpetas se esparcían por la habitación. White se apoyó contra uno de los pilares de la ventana para no ser derribado, en tanto que el resto de los reunidos se aferraba a donde podía.

Un grito agudo ahogó las maldiciones. Karen nunca supo si fue ella quien gritó o la secretaria de Andersen, que tomaba las minutas de la reunión en un ordenador portátil.

The Big One, el terremoto gigante que arrasará California según predicciones agoreras, acudió a su mente, encogiéndole el pecho.

Al cesar la vibración se hizo un absoluto silencio en

la sala. Todos quedaron callados e inmóviles mirando como hipnotizados hacia la puerta hasta que al cabo de unos segundos oyeron gritos distantes.

White avanzó, primero vacilante y luego a largas zancadas, hasta la entrada, observó el exterior y, sin decir nada, salió de la sala perdiéndose en la polvareda.

Los demás se miraron entre sí, comprobaron que nadie estaba herido y, entre murmullos, fueron abandonando la habitación para averiguar lo ocurrido.

4

Gus Gutierrez supo de inmediato que se trataba de un atentado. Llevaba semanas presintiendo el peligro, esperaba algo así, y ese malestar en su espalda, cual reumático antes de una tormenta, era sólo la anticipación de lo que ocurría en aquel momento.

Aquel día despertó de madrugada con esa inquietud recurrente. Sentía la tensión acumulada entre la cruz de la espalda y la nuca en forma de dolor. «Algo va mal», le decía su cuerpo, sin poder precisar el origen de la preocupación. ¿Un presentimiento? ¿Sería el resultado de una pesadilla o simplemente uno de sus frecuentes ataques de perfeccionismo profesional?

Cualquiera que fuera la causa, no pudo conciliar de nuevo el sueño y decidió comprobar físicamente que todo estaba en orden. Sin remordimiento alguno, despertó a Bob para informarle de que debía tomar el mando de la seguridad del rancho donde David Davis, presidente de la Davis Corporation, residía.

El tráfico era escaso y pudo llegar con rapidez a la oficina. De inmediato empezó a repasar la rutina de se-

guridad. Los controles funcionaban, todo estaba en su sitio. Pero su ansiedad persistía.

—No crees en las intuiciones; eres un profesional —murmuraba.

No obstante, sabía que detrás de una premonición podía ocultarse algo concreto. Su entrenamiento le llevaba a grabar en su memoria, en cualquier momento y lugar, la posición que ocupaban personas y objetos. Posteriormente era capaz de recordar las variaciones habidas, evaluando lo que tuviera un aspecto raro; todo lo extraño, cualquier cambio de rutina, era un peligro posible.

Pero a veces el subconsciente registraba detalles que la parte racional de su mente no percibía; aquellas imágenes o palabras se quedaban allí dentro, y lo incontrolado de su cerebro permanecía funcionando incluso en el sueño. Cuando algo era inusual y no encajaba, rebrotaba en forma de inquietud, de una sensación, como la de aquella mañana, de que había algo fuera de su control. Por lo tanto, y por si acaso, a pesar de luchar contra temores y presentimientos, los tomaba en serio.

En lo concerniente a la seguridad de su jefe, Gutierrez no consentía el menor asomo de broma.

Antiguo guardaespaldas del presidente de Estados Unidos, era ahora mucho más que un experto en protección. Era el jefe de «los pretorianos» de David Davis. Y ese título comprendía responsabilidades muy amplias y en ocasiones inconfesables.

Reaccionó en fracciones de segundo. Estaba seguro de que Davis se encontraba bien, pero a grandes pasos llegó al despacho del presidente para comprobarlo. El viejo estaba sentado tranquilo frente a su mesa que miraba al Pacífico y le contempló por encima de las gafas que usaba para leer en su ordenador.

—¿Qué ocurre, Gus?

—No lo sé aún, señor —repuso éste—. En unos momentos le informaré de la situación.

El viejo afirmó con la cabeza continuando con su lectura como si el tema no le incumbiera.

La desazón que Gus sufría momentos antes del estallido había desaparecido por completo, él era hombre de acción y en aquellos trances daba lo mejor de sí mismo. Tenía dos planes básicos de emergencia previstos: evacuar o resistir en aquella planta. Sólo precisaba conocer algún detalle de lo ocurrido para tomar su decisión.

5

La detonación se produjo en el ala opuesta de donde Davis se encontraba, pero éste reconoció el estampido de una carga explosiva. A su edad evitaba inquietarse y pocas cosas lograban alterarle. En la guerra había aprendido que no quedaba más remedio que confiar la vida a los camaradas, y al fin y al cabo le pagaba a Gus para que se preocupara por él. Respetaba a su guardaespaldas, era un número uno en seguridad, y sabía que empleaba bien el dinero que le costaba.

No hacía falta verle para saber que Gus tomaría el control de la situación y la única tranquilidad que el viejo obtuvo cuando éste apareció fue la de saber que estaba vivo y, como no esperaba menos, justificando su sueldo.

La Davis Communications Corporation era el *holding* de comunicaciones más poderoso del país, del cual el

viejo era socio fundador y mayoritario, además de presidente ejecutivo y del Consejo de Administración.

Sólo por su presencia en Estados Unidos con cadenas de televisión de distinto tipo, radio, periódicos, música, editoriales y cine, era de por sí el mayor ente de comunicación y desarrollo de contenidos de entretenimiento, noticias y opinión del mundo en el siglo XXI. Aunque, para Davis, no había hecho más que empezar. Su visión, su deseo, era el establecimiento de sus negocios en los principales países en los próximos cinco años. De hecho, ya había sentado bases muy potentes en los anglófonos. Aquel viejo arrugado aparecía en todas las listas de los personajes más poderosos del planeta. Pero nadie se atrevía a ponerle entre los cinco primeros puestos. No le gustaba la excesiva popularidad, tenía el poder para impedirlo y lo usaba.

Davis llegó aquel día en su limusina blindada, conducida por un par de elegantes ejecutivos, cuyos cristales ahumados impedían la visibilidad del interior, solitario en la parte posterior del vehículo, y escondido detrás del *Wall Street Journal*.

El espacioso compartimiento acentuaba aún más la pequeñez del cuerpo del viejo, que a fuerza de arrugas parecía haber encogido en su interior. De pelo escaso y blanco, sus ojos se movían vivos y oscuros tras la ampliación producida por las gafas.

A pesar de su aspecto frágil y de sus setenta y muchos años, Davis era un hombre presumido; alardeaba de ser el ciudadano de California con el mayor número de amenazas de muerte pendiendo sobre su cabeza. Sus acompañantes sabían que era cierto, y sus estudiadas

maneras, más que formales, quizá fueran sólo producto de la tensión.

Cuando el coche giró a la derecha, el sol hacía brillar los penachos de las altas palmeras del bulevar y lanzaba reflejos desde la masa rectilínea del imponente edificio de acero, mármol blanco y cristal situado al fondo de la avenida.

Era la Torre Blanca, sede social de la Davis Corporation.

Evitando la entrada del aparcamiento general, el vehículo se dirigió a una puerta que se abría en aquel momento.

Otro par de ejecutivos aguardaba en el interior del garaje. El de mayor edad, de anchas espaldas y mirada penetrante, esperó a que la entrada exterior del aparcamiento estuviera completamente cerrada, y sólo entonces abrió la puerta del coche.

—Buenos días, señor Davis.

—Buenos días, Gus. —El viejo descendió del coche—. Veo que hoy te has adelantado.

—Cierto. Quería resolver varios asuntos antes de su llegada.

—Bien, no tengo problema en que trabajes horas extras. Dime, ¿cuándo tengo la primera reunión?

—No tiene visitas en la agenda esta mañana, señor; sólo a las cinco de la tarde la junta con los presidentes.

—Gracias, Gus. —Precedido del conductor y su acompañante, el viejo fue hacia los ascensores. El hombre les siguió, mirando con recelo a su alrededor, continuaba con un inquietante dolorcillo de espalda. Gus Gutierrez siempre examinaba con mirada crítica de jefe perfeccionista a aquellos hombres de aspecto atildado. Eran guardaespaldas, pero él sabía bien que muy pocos

estaban capacitados para cumplir con las exigencias del trabajo que se les encomendaba a éstos.

Se esperaba de ellos no sólo que fueran capaces de mantener una estricta seguridad en torno a Davis, dentro y fuera de las oficinas, sino también de realizar funciones secretariales y ejecutivas. Conocían a la perfección las relaciones, tanto de trabajo como de amistad, del presidente ejecutivo, identificando a cada persona por su nombre, aspecto e historia.

Universitarios, no desentonaban en la mesa del restaurante más *in* de Hollywood, siendo capaces de seguir con facilidad una conversación ya fuera de negocios o relativa a los últimos chismorreos sociales.

De hecho, la mayoría de las relaciones de Davis desconocía que aquel simpático individuo que se sentaba junto a ellos en la mesa le podría partir el cuello de un manotazo. Y que no dudaría un instante en hacerlo, de intuir una amenaza por su parte hacia su jefe.

—Les presento a Gus Gutierrez, del Departamento Legal —decía Davis a sus interlocutores—. Hoy nos acompañará en nuestra conversación.

A esta guardia personal los empleados de la Torre la denominaban «pretorianos» en recuerdo al ejército privado de los césares. Eran independientes del servicio de protección del edificio, que trabajaba uniformado, y cuyo jefe era el responsable de seguridad de la Corporación, Nick Moore.

Los pretorianos eran respetados físicamente y temidos profesionalmente. En ocasiones, uno de ellos pasaba a ocupar un puesto en algún departamento de la Corporación, donde a partir de entonces progresaba en su trabajo como cualquier otro ejecutivo. En esta «segunda vida corporativa», los pretorianos eran invitados

con mayor frecuencia a reuniones en el exterior del edificio y se sospechaba que formaban un «canal de información» privilegiado.

Se decía que ganaban mucho más dinero por las mismas responsabilidades y que eran ascendidos antes que los demás.

De algo valdría que el presidente ejecutivo les confiara físicamente su vida.

—Buenos días, señor Davis —saludó, dando un respingo, la empleada que ocupaba el ascensor.

—Buenos días —contestó Gutierrez en nombre del grupo. Davis se limitó a saludar con la cabeza iniciando una mueca que aspiraba a ser sonrisa.

Gutierrez hubiera preferido usar las tarjetas codificadas que bloqueaban el ascensor y conducirlo directamente a la planta trigésima segunda, y así lo hacía con las visitas importantes. Pero Davis se negaba. Era su forma de ojear a la gente que habitaba las oficinas y husmear el ambiente que se respiraba. Y como Gutierrez consideraba que fuera del piso treinta y dos, que él controlaba, el resto del edificio de la Torre no respondía a los requerimientos mínimos de seguridad para el presidente, a cada entrada y salida de éste se veía obligado a montar toda la rutina de protección.

En la planta cero, Davis reconoció, entre los que entraban, a un empleado veterano.

—Buenos días, Paul.

—Buenos días, señor Davis.

—¿Cómo está la familia? Tenías dos hijas en la universidad, ¿cierto?

—Sí, señor. Ya hace tiempo que terminaron.

—¿Qué hacen ahora?

—Una trabaja en finanzas en Save-on y la otra, en una compañía de seguros.

—¿Se han casado?

—La mayor sí.

—¡Bien! Pronto, abuelo.

—Sí, señor, seguramente.

—Cambiate de departamento hace unos años, ¿verdad?

—Sí, ahora estoy en márketing televisivo.

—Es lo que tenía entendido. ¿Qué *rating* en Nielsen calculas que *Nuestro agente en Miami* va a alcanzar este viernes?

Gutierrez pudo ver cómo el empleado se tensaba ante la pregunta.

—Bueno... está sufriendo una fuerte competencia de la nueva serie policíaca que se emite en la misma franja horaria, pero... creo que seremos capaces de mantener al menos un *rating* de un 8,5/16.

—Eso estaría bien. Y...

—Ésta es mi planta, señor Davis. Un placer haberle saludado. ¡Que tenga un buen día! —El alivio del hombre al salir fue evidente.

—Hasta luego, Paul.

Los empleados odiaban y temían esos interrogatorios. Si la respuesta no era la correcta, o Davis detectaba algo preocupante, en media hora un alud de preguntas y solicitudes de informes caerían como avalancha, aumentando de piso en piso, desde la planta superior, en la que Davis habitaba, hasta la del infeliz protagonista. No existía forma posible de escapar.

Con sus muchos años a cuestas, Davis gozaba de una mente despejada que detectaba cualquier anomalía

y de una sorprendente memoria tanto para las cifras como para los pequeños detalles. Y no consentía explicaciones insuficientes.

6

El grupo se dirigió hacia la zona central del edificio cruzando la puerta de una de las escaleras de emergencia. Algunos empleados salían de los despachos preguntándose qué había ocurrido. No se veía a White.

—Definitivamente, no es un terremoto —comentó Karen a una secretaria, que la seguía vacilante.

Al llegar a la zona de los ascensores, algunos parpadeaban sus luces anunciando su llegada, y un guarda de seguridad hablaba por su teléfono móvil. La lujosa moqueta se encontraba cubierta de papeles y algunos cascos de yeso. De uno de los ascensores salió Nick Moore, el jefe de seguridad del edificio, acompañado por un guarda que portaba un extintor. De otro ascensor salieron un par más.

—¡Una explosión en el ala norte! —les gritó Moore—. ¡Seguidme! ¡Jim, consigue otro extintor!

Y los cinco corrieron en la dirección contraria a la del grupo. Los despachos de White y de Steven Kurth, el presidente de la Eagle Motion Pictures y el hombre más poderoso de la Davis Corporation después del propio Davis, estaban ubicados en el extremo norte.

Los ascensores parpadearon de nuevo, y apareció un pretoriano, que, sujetando del brazo a uno de los guardas recién llegados en otro ascensor, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Una explosión ha destrozado el ala norte del piso.

El pretoriano se puso a hablar por su móvil, mientras el guarda se incorporaba a sus compañeros.

La mayoría de los del grupo de Karen se detuvo al llegar allí, dudando entre la huida o la satisfacción de su curiosidad. Extrañamente, las alarmas de evacuación no habían sonado aún y los ascensores continuaban funcionando. Karen se dijo que la explosión debía de haber destruido los sensores de alarma.

Andersen se lanzó detrás de los guardas y Karen siguió a su jefe. «Hay una escalera de seguridad más adelante», se dijo.

Conforme avanzaban, más escombros y papeles cubrían los suelos. Los carteles originales de los clásicos más famosos de la historia del cine que, lujosamente enmarcados, adornaban el corredor estaban inclinados o caídos.

La planta al final del pasillo tenía un aspecto desolador, distinto por completo de como Karen recordaba la zona. Excepto el extremo nordeste del piso, donde aún se alzaban algunas paredes, el resto estaba arrasado. Los despachos de White y Kurth ya no existían.

A la altura de la vista quedaba una enorme área diáfana, y en el suelo se amontonaban mesas, sillas, restos de armarios, cascajos y papeles, muchos papeles.

Karen notó que faltaban los cristales tintados de la esquina noroeste y que el sol parecía mucho más agresivo que de costumbre. Allí ocurrió. En el despacho de Steven Kurth.

El falso techo había desaparecido, descubriendo la estructura interior del edificio. Los cables colgaban, y desde varios puntos del techo caían grandes chorros de agua, seguramente del sistema antiincendios.

Un sonido de sirenas empezó a llegar desde la calle.

Moore, el jefe de seguridad del edificio, recuperaba, junto a dos guardas, un cuerpo de los escombros. Otro guarda pedía ayuda médica por teléfono y los demás removían los restos buscando víctimas.

Karen reconoció a la mujer que sacaban de entre un armario caído y una mesa.

—¡Sara! —gritó acercándose a ella. Tenía el pelo lleno de polvo y una herida en la frente que sangraba. Moore le tomaba el pulso.

—Sara, ¿cómo está? —preguntaba Andersen. La mujer entreabrió los ojos y los cerró de nuevo.

—El señor Kurth —dijo a media voz, esforzándose—. El señor Kurth está en su despacho.

—Ya no hay despacho —dijo Andersen alzando la vista hacia donde unos minutos antes se alzaba la lujosa oficina del segundo ejecutivo más poderoso de la Corporación.

Allí, en una zona extrañamente limpia de cascotes, de espaldas y alzando su amplio cuerpo contra el sol que entraba a raudales por la apertura provocada por la explosión, estaba Charles White.

—Hay que encontrar a Kurth —gritó Andersen a los que buscaban entre los escombros.

White se giró lentamente, apartándose del lado de la calle, y dio varios pasos hacia lo que había sido el centro del despacho.

—No hace falta que busquen a Kurth. —Su vozarrón se impuso al revuelo de los que se afanaban, y todos se detuvieron para mirarle—. Lo he encontrado. —White hizo una pausa—. Está treinta y un pisos más abajo, en la calle. —Y añadió—: Que Dios se apiade de su alma.

Sara sollozó, y varios corrieron a mirar hacia abajo a

través de los ventanales rotos. Las sirenas se oían más fuerte.

—¡Oh, Dios mío! —oyó exclamar Karen a su espalda—. ¡Señor Kurth!

Al volver la cabeza vio a Dana, la secretaria, que finalmente había decidido ver lo ocurrido, y tomándola de un brazo como para consolarla, la miró. Los ojos azul intenso de Karen brillaban más que de costumbre cuando le dijo:

—El sucesor ha muerto. —Lanzó una mirada resentida en dirección a White, que continuaba alzando su mole en el centro de lo que había sido el despacho del difunto, como cazador fotografiado sobre la pieza cobrada—. Y ése quiere su trono —murmuró entre dientes.

7

El amplio salón situado en el ala norte del piso treinta y dos estaba adornado con cuadros y esculturas de conocidos artistas modernos. Los ventanales mostraban aún una brillante mañana, como si la tragedia ocurrida minutos antes hubiera sucedido en otro planeta.

Silenciosos, sentados alrededor de la gran mesa de raíz de nogal, estaban los presidentes de las distintas funciones de la Corporación, con las únicas ausencias de un viajero, de los responsables de las divisiones de Música y Editorial, con oficina en Nueva York, y del presidente de la Prensa Internacional, con base en Londres. Davis había requerido la presencia del jefe de seguridad del edificio, Nick Moore, un extraño en aquellas reuniones. Un pretoriano lo acompañaba, ya que, a

pesar de su cargo, Moore no tenía tarjeta de acceso a la planta.

La breve agenda que les habían entregado descansaba sobre la mesa. «Desaparición de Steve. Acciones a tomar.»

—El viejo es increíble —comentó Andersen al presidente de Finanzas—. Acaban de matar a su mejor amigo, y colaborador durante más de cuarenta años, y aquí le tienes, dictando agendas para reuniones.

Un sillón vacío, colocado en el centro de la mesa, esperaba al presidente ejecutivo, y justo a su hora entró Davis, con semblante serio pero firme. A su lado, el inseparable Gutierrez.

—Buenos días —dijo mientras andaba hasta su lugar.

—Buenos días —contestaron los demás a media voz.

—Bien —comenzó una vez acomodado, recorriendo con la mirada los semblantes de los presentes—, ya sabéis por qué nos reunimos. —Hizo una pausa—: Vamos a discutir la situación y a establecer la estrategia adecuada.

Se interrumpió y nadie hizo un solo movimiento. La atención de todos se centraba en su rostro.

—Hemos localizado a los que están fuera —continuó después de unos segundos—. Les he comunicado personalmente lo ocurrido. —Davis hizo una tercera pausa y contempló otra vez el semblante de cada uno. Parecía como si le costara trabajo seguir con su explicación—. Dados los hechos, he invitado al señor Moore, ya que la seguridad es el tema a tratar. Empecemos.

—David —dijo Andersen con voz solemne—, estoy seguro de que hablo en nombre de todos al expresar nuestro gran dolor e indignación por lo ocurrido a Steve. Era un caballero, un gran amigo y una persona muy

querida. Deseamos expresarte a ti en particular nuestra más sentida condolencia por la íntima amistad que sabemos os unía.

—Gracias, Andrew, y gracias a todos —repuso quedamente Davis. Luego, alzando la voz y mirando a Moore con dureza, dijo—: Señor Moore, explíquenos lo ocurrido.

La cara habitualmente roja de Moore palideció. El hombre, ex policía de gran tamaño, andares chulescos y voz autoritaria, estaba ahora sentado en el extremo de su silla y obviamente nervioso. La situación y el lugar parecían intimidarlo.

—Una bomba, señor Davis —farfulló—. Creemos que ha sido una bomba.

—¿Quién diablos ha podido entrar y poner una bomba en pleno piso treinta y uno? —preguntó White—. Poca gente tiene acceso a esa planta, y todos son empleados.

—Y los de mantenimiento y limpieza son estrictamente controlados a la entrada y a la salida, señor —añadió Moore.

—¿Quiere decir que lo hizo un empleado de la Corporación? —interrogó Davis, arqueando las cejas, incrédulo.

—La policía iniciará la investigación de inmediato, señor, pero lo más probable es que haya sido un paquete o carta bomba exterior.

—Entonces, ¿qué demonios hacía su gente? —saltó Davis—. ¡Les pagamos para que nos protejan!

—No lo sé, señor —balbuceó Moore—. Lo siento, señor, es sólo la teoría más probable. Tendremos que esperar a preguntar a Sara cuando esté en condiciones. Al señor Kurth le llegaban muchas cartas y paquetes

con libros o posibles guiones para películas. Le aseguro que jamás se entregaba un paquete sospechoso y sólo los de remitente identificado y aceptado por Sara entraban en su oficina.

Se hizo el silencio. La furia de Davis parecía haber remitido, estaba deshinchado. Su avanzada edad se manifestaba ahora como nunca antes, haciéndole parecer más pequeño.

—David —intervino White—, los empleados están muy excitados y no creo que nadie esté haciendo otra cosa que hablar de esta desgracia. Propongo que, en honor de Steve, los enviemos a casa y se cierre el edificio durante el resto del día en señal de duelo.

—Si me permite, señor —dijo Moore—. Es una buena idea. Deberíamos desalojar el edificio por si hay más bombas. Además, la policía está insistiendo en ello.

—¡Y una mierda! ¡No vamos a desalojar el edificio! —repuso Davis golpeando la mesa con la palma de la mano. La súbita elevación de su voz sobresaltó a los presentes—. ¡Eso es lo que quiere el hijo de puta de la bomba! —El viejo recorría con su intensa mirada los ojos de cada uno de los reunidos—. ¡Quieren intimidarnos, asustarnos, doblegarnos! ¡Ah no, David Davis no les dará ese placer!

—Perdona, David, pero algunos empleados están al borde del pánico por temor a otra bomba, hablan del integrista islámico. No les podemos exigir que sean héroes —dijo Andersen—. Creo que es buena idea cerrar hoy el edificio.

—Esta Corporación, como otras del país, como la nación entera, está permanente amenazada —contestó con calma Davis— y algunos de nosotros mucho más. ¿Cuántas amenazas recibes a la semana, Tom?

—Bastantes —afirmó el presidente del grupo televisivo.

—Señor Moore, ¿cuántas amenazas, insultos y bromas de mal gusto reciben nuestras centralitas?

—Docenas al día, señor.

—¿Cuántas cartas recibimos con comentarios negativos sobre nuestros programas de televisión o películas, que van desde un desacuerdo razonado hasta el insulto o incluso la amenaza de muerte?

—Incontables, David —contestó White.

—¡Incontables, ésta es la palabra! —continuó Davis subiendo de nuevo el tono—. ¡Steve había recibido incontables coacciones y amenazas de muerte! ¡Yo recibo incontables coacciones y amenazas de muerte! ¿Sabéis qué hago con ellas?

La mayoría de los asistentes movió ligeramente la cabeza afirmando conforme Davis les miraba.

La costumbre del presidente ejecutivo de seleccionar y coleccionar las cartas con amenazas más originales, violentas, o las escritas por alguien importante, para luego enmarcarlas y colgarlas en los aseos de la planta trigésima segunda era casi de dominio público. Las paredes estaban materialmente cubiertas de tales cuadros de techo a suelo, y los más intimidantes se ubicaban en los excusados.

—¡Me cago en ellas! —añadió después de la pausa—. ¡Yo no sólo luché por este país y contra los nazis, sino también por la libertad! ¡Incluida la libertad de expresión!

Todos sabían que Davis había falseado su edad para poder combatir como piloto de caza voluntario en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial y que poseía la medalla al valor.

—Steve no es el primer amigo que he visto morir a mi lado. —Su voz se quebró.

Los demás le miraban consternados y con el corazón en un puño. Sus ojos estaban brillantes por las lágrimas. ¿Iba David Davis, leyenda de duro entre los duros de Hollywood, a llorar?

—En la época del senador McCarthy y su caza de brujas conseguimos sobrevivir con dignidad —continuó con voz más firme—. Directores, guionistas, actores, todo el mundo lo sabe y se nos respeta por ello.

»¿Con qué frecuencia los defensores de la mayoría moral bloquean las centralitas, mandan toneladas de cartas, presionan a los anunciantes de nuestras televisiones porque en un *talk show* se habló a favor del aborto, o porque en tal película se hace apología de las madres solteras o por lo que llaman lenguaje obsceno? Cualquier pretexto es bueno.

»¿Con qué frecuencia hacen lo mismo desde el otro extremo? Alegan que damos papeles “indignos” en nuestras producciones a hispanos y a negros, o que pagamos menos por el mismo trabajo a las actrices que a los actores, o que no les gusta la cara de alguien. También bloquean centralitas, amenazan, y presionan a los anunciantes.

»Cada día aparecen nuevos grupos de radicales. Incluso una organización extremista hebrea nos acusó de promover la causa árabe contra los judíos. ¡Y quiso montar un boicot! ¡Diablos! Steve era judío, yo soy judío, y desde esta casa hemos apoyado activamente la justicia y el derecho del Estado de Israel. Pero no somos fanáticos y los árabes también son seres humanos.

»Siempre hemos seguido lo que nuestra conciencia dice que es lo correcto y no nos dejamos intimidar. Lo

hicimos cuando Steve vivía y más lo haremos ahora que uno de esos locos hijos de puta lo ha matado. —Se encará a Charles White—. Y al contrario de lo que tú propones en señal de respeto a Steve, hoy se trabajará normalmente.

—David, como presidente del Departamento Legal —dijo con sumo cuidado Andrew Andersen—, debo insistir en la recomendación de cerrar las oficinas de inmediato como sugiere la policía. De existir otra bomba y resultar alguien herido o muerto, los juicios y las demandas por imprudencia temeraria no sólo costarían fortunas en indemnizaciones, sino que es probable se resolvieran en condenas de cárcel para alguno de nosotros.

—¿Y darle el placer que busca al asesino? ¿Y enseñarle el camino para futuros chantajes? ¡No, absolutamente no!

—David, por favor, considéralo de nuevo —insistió Andersen—. Nadie pensará en ningún tipo de debilidad, sino en una señal de duelo lógica y natural.

—¡Ya basta! He oído tu consejo y el de los otros. Has hecho tu trabajo y has puesto a salvo tu bonito culo de abogado. La decisión es mía y asumo personalmente toda la responsabilidad; no estaría yo en el negocio de hacer películas si no supiera asumir riesgos.

El silencio se hizo denso. Al cabo de unos momentos el presidente del área televisiva se atrevió a hablar.

—¿Cómo manejaremos la noticia ante los periodistas?

—Debiéramos minimizar su impacto —recomendó el financiero—. El asunto será muy negativo para nuestra cotización en bolsa. El valor de nuestras acciones se va a resentir. No sólo hemos perdido a un ejecutivo clave, sino que ha sido asesinado por una bomba instalada

en el corazón de la oficina central de nuestra Corporación. Si Wall Street considera que la David Corporation es objetivo de un grupo terrorista, los inversores huirán de nuestros valores.

—Desde luego que vamos a minimizar el impacto de la noticia —admitió Davis—, pero no por la maldita jodida bolsa. Los criminales deben disfrutar lo menos posible de su crimen.

—Podríamos referirnos a lo sucedido como un «accidente» —propuso Andersen—, como una explosión de gas o algo así.

—Difícil, porque el edificio no tiene gas en esa planta, pero no imposible —intervino otro—. Eso sería aceptable, pero como último recurso.

—No —dijo Davis—. Simplemente, quiero que no se hable del suceso. Tom, encárgate de contactar personalmente con los directores de las demás cadenas de televisión. Charles, a través de nuestra agencia de relaciones públicas, controla las radios y los periódicos. Aquí no ha pasado nada, ¿entendido?

Todos asintieron con la cabeza.

—Me temo que habrá dos o tres difíciles de convencer —anunció el presidente de televisión.

—En ese caso, díles que voy a hablar con sus jefes —contestó Davis—. Con bomba o sin ella aún puedo patear unos cuantos culos. Y quiero hablar en persona con el policía a cargo de este asunto.

—Sí, señor. ¿Cuándo quiere verlo? —se apresuró Moore.

—Quizá hoy por la tarde, o mañana. Ahora tengo otras prioridades.

—¿Anna? —preguntó Andersen.

—Sí, precisamente. —Davis parecía de pronto fati-

gado—. Ya he hablado con su hijo. Iremos con el doctor de la familia para darle la desgraciada noticia.

»Es probable que las honras fúnebres sean el sábado y se restrinjan a la familia y los amigos íntimos.

»Mañana, a partir de las doce, no trabajaremos en señal de luto. Se comunicará mi agradecimiento personal a los empleados que se dirijan a su iglesia, sinagoga o templo para rezar por Steve.

»La Torre permanecerá abierta, pero se cancelarán las visitas programadas para la tarde. Sólo se atenderá a las personas que hayan hecho largos desplazamientos y no puedan cambiar su cita. Se hará por respeto a ellas; no por negocio. Las entrevistas serán breves. Al final de la tarde los empleados volverán al edificio, donde los jefes de departamento o sección leerán una nota en honor de Steve antes de la salida. ¿Queda claro?

Todos asintieron.

—David —dijo Andersen—, es inevitable que los empleados hablen entre sí y que el rumor de lo que ocurrió en realidad se extienda.

—No importa. Si los medios de comunicación no lo publican, la noticia no existe. Y os aseguro que no lo harán, aunque tenga que encargarme de ello yo en persona. Aquí no ha pasado nada. Aun así, espero que hables tú directamente con los testigos de la explosión en la planta treinta y una y con los que vieron el cuerpo en la calle. Agradeceré su discreción. —El viejo se quedó pensativo unos segundos para añadir—: En cualquier caso, nos referiremos a lo ocurrido siempre como «el fallecimiento de Steve», ¿entendido?

Más asentimientos.

—Andrew.

—Sí, David.

—Habla tú ahora con ese policía. Dile que le hago responsable directo de que su gente tenga la boca cerrada cuando salga de este edificio. Dile que se juega su puesto. Que sepa que el alcalde de la ciudad está siempre sentado al lado del teléfono esperando a que yo le llame.

Davis calló un momento, y el silencio se impuso. Luego continuó con lentitud premeditada y arrastrando las palabras.

—Dile que espero que encuentre pronto a los culpables. Dile que lo tomaré como un favor personal y yo siempre recuerdo los favores. Dile que si encuentra a diez de esos fanáticos responsables del asesinato, mejor que si es sólo uno. Que no se preocupe, que por muy buenos abogados que tengan, se hará justicia. La piel de esos miserables no vale nada. Yo sé lo que hay que hacer.

»Gracias. Esta reunión ha terminado. —Sin decir más, salió.

Todos sabían lo que sus palabras significaban.

Levantándose de inmediato, Andersen se dirigió al extremo de la mesa donde un pretoriano tomaba notas.

—No incluyas los últimos comentarios de Davis en la minuta de la reunión —le dijo.

8

Hacía frío en la calle; la radiante mañana se había convertido en una tarde deslucida, ligeramente brumosa.

El sol acababa de ocultarse en algún punto del Pacífico, los automóviles tenían los faros encendidos y en la San Diego Freeway el tráfico era denso. Las luces formaban dos enormes serpientes luminosas y gemelas,